

Febrero 12, 2022

Algunos aportes de los pueblos originarios a la comprensión de las religiones comparadas

Aquiles Ernesto Martínez¹



Hasta el día de hoy descendientes de los Toltecas, en Tula, México, visitan periódicamente el sitio de arqueológico de “los guerreros de la luz” (i.e. “los atalantes de tula”) para realizar actividades de “purificación” en dirección a cada uno de los puntos cardinales. Las creencias, valores y actividades de este grupo son muy parecidas a las de los otros pueblos originarios y, por lo tanto, comparables y contrastables. Nos proveen de marcos referenciales para análisis transculturales y alternativos.

RESUMEN

Breve descripción de algunas de las contribuciones más sobresalientes de “la religión” de los pueblos originarios de “las Américas”, en diálogo con el conocimiento obtenido del estudio de otras religiones del mundo, como un esfuerzo por desafiar y diversificar los marcos tradicionales de entendimiento

PALABRAS CLAVES

Religión, pueblos originarios, religiones pre-colombinas, religiones comparadas, metodología de análisis religioso

¹ El Dr. Martínez, venezolano, es Profesor de Religión y Biblia en la Universidad Reinhardt, Waleska, GA, EE.UU. Martínez obtuvo su Ph.D. (en Estudios Teológicos y Religiosos) de la Universidad de Denver y la Escuela de Teología Iliff.

ABSTRACT

A brief description of some of the most outstanding contributions of "the religion" of some indigenous peoples of "the Americas," in dialogue with the knowledge gained from the study of other world religions, as an effort to challenge and diversify traditional frameworks of understanding

KEY WORDS

Religion, indigenous peoples, pre-Columbian religions, comparative religions, methodology of religious analysis

Una variable intrínseca de todo proceso de colonización, convencionalmente definido, es que quienes hemos sido depositarios, víctimas o blancos de ello, somos lo que somos, pensamos lo que pensamos y actuamos como actuamos, como consecuencia de un enredado, largo y avasallador proceso impuesto por las culturas que despojaron y sometieron a nuestros antepasados y siguen haciendo lo mismo de un modo más sofisticado.

En el estudio de "la religión" (entendida como experiencia de "conexión" significativa con las realidades místicas) y de "las religiones" (como versiones contextualizadas de dicha experiencia),² la colonización a lo largo de los siglos ha dejado profundas huellas que muchos quisiéramos borrar pero con limitado éxito, dada la desmedida diferencia de fuerzas y privilegios. Desde las presuposiciones, los conceptos y el lenguaje hasta las mismas metodologías, todo lo hemos recibido de los sistemas, estructuras e ideologías de "los de arriba" y "de afuera". Tomemos como ejemplo la palabra "religión", la cual es ajena a estos pueblos. Y aunque en las últimas décadas se ha hablado muchísimo sobre la necesidad de deconstruir, oponernos a todo lo que sea dominante y crear nuevos paradigmas de pensamiento y vida, todavía estamos estancados y reciclamos mucho de lo heredado. Esta situación ha empeorado con las redes sociales ya que, en el fondo, es más fácil y conveniente "copiar y pegar" que innovar y trascender los dictámenes de la poderosa globalidad y la digitalización al servicio de las privilegiadas minorías. Por lo que muchas veces siento que damos un paso al frente y dos pasos hacia atrás en esta lucha. Lo más trágico es que no estamos planteando siquiera este tema en pro de algunas ingeniosas y más que justificables rupturas.

² Ver mi *Encuentros con el Misterio: un entendimiento de la religión* (Waleska, GA: Reinhardt University and CreateSpace.com, 2020).

Como parte de este ambiente de tensiones y contradicciones, mucho del estudio de las culturas primitivas continúa siendo un apéndice, relleno o asunto secundario en la agenda mundial. Y, dentro de este diseminado infortunio, existe una minoría que lucha por abrir espacios para describir y evaluar las contribuciones de los pueblos originarios al conocimiento de “la religión”,³ sólo por utilizar un término ajeno a sus experiencias pero necesario para por lo menos darle un nombre al tema.

Con consciencia de que debemos responder a este desbalance y mejorar el empuje de fuerzas minoritarias, en este escrito, a la luz de mi limitada experiencia pero con un visión de cambio, comparto algunas impresiones pedagógicas acerca de algunas contribuciones de los residentes originales de nuestras tierras y sus descendientes al estudio de “la religión” y “las religiones”. Y me atrevo a hacerlo aunque en este finito intento tenga que valerme, paradójicamente, de algunos de los insumos *de-formativos* del colonialismo que siempre debe cuestionarse.⁴

1. La transculturalidad a partir de otros marcos

Como aporte inicial, las religiones de todas las etnias pre-colombinas son tan parecidas o casi iguales, en muchos aspectos, a las de muchas otras, incluidas las de las religiones clásicas y dominantes (por ejemplo, el hinduismo, el budismo, el judaísmo, el cristianismo, el Islam, etc.). Y dada esta cualidad, todas ellas son comparables pero no exclusivamente a partir de las mayoritarias, sino también tomando como marco de referencia a estas religiones primigenias. Y digo todo esto para recordarnos que cuando estudiamos a una religión en particular es como si también estuviéramos estudiando a las otras. Es un proceso dialogal en el que se proyectan y reflejan las unas a las otras y en el que, a la misma vez, no deberían privilegiarse a unas pocas a expensas de las demás. Todas tienen algo que ofrecer.

En su sencillez y muchas veces desde el anonimato, las comunidades de estas tierras nos recuerdan que el análisis transcultural (que busca similitudes y diferencias) también comienza y termina con ellas como paradigmas comparativos. El análisis de las religiones no

³ Tomen, como ejemplo, la información provista por el sitio en la web “pueblos originarios de América”, la cual recomiendo ampliamente. <https://pueblosoriginarios.com/>

⁴ Todas las fotografías que utilizo son de mi autoría. Las leyendas e ilustraciones son parte de “posts” en las redes sociales que he utilizado como recursos pedagógicos, como fruto de mis viajes e investigaciones.

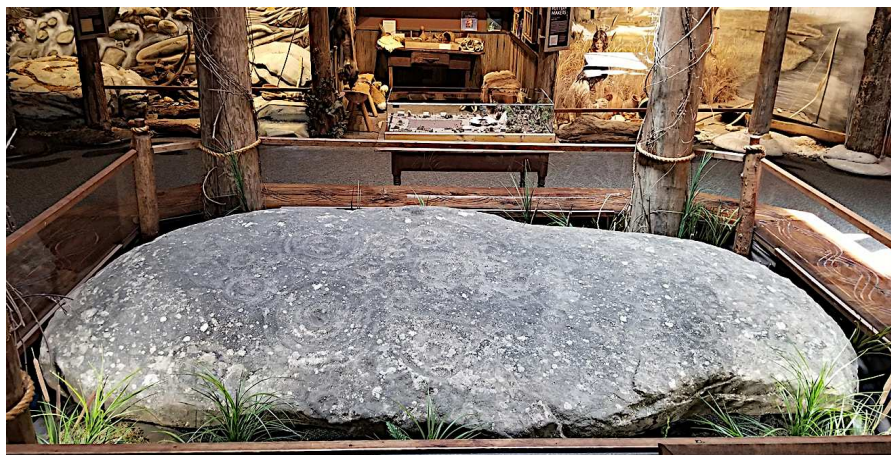
tiene que comenzar y terminar con las ideas del occidente, mucho menos ser la regla absoluta para medir a las demás. Los marcos de conocimiento deben rotar.

Además de las creencias y prácticas, muchos objetos y gigantescas edificaciones, casi siempre en honor a las clases dirigentes y sacerdotales, son el mas claro testimonio que, a partir de estos primigenias comunidades de las que nos quedan recuerdos, las religiones son, en esencia, las mismas. Tomemos como ejemplo los petroglifos y estelas de piedra, con diversos diseños referentes a los seres de “los cielos” y “la tierra” dotados de mágicas habilidades y rodeados de enigmas.

Los Sambaquieiros fueron parte de aquellas comunidades que se establecieron en el litoral del estado de Santa Catarina, en el sureste de Brasil. En la playa de Santinho, en la isla de Florianópolis, existe una especie de “museo al aire libre” en el que se destacan algunas obras de piedra que cuentan con grabados en los que convergen lo cotidiano, lo místico y la imaginación.



En el museo Funk Heritage, en la Universidad Reinhardt, en donde ejerzo la docencia, existe una enorme roca con posibles motivos religiosos, parecidos a los encontrados en la parte oeste de Irlanda y otras regiones del mundo.



Otro de los más sobresalientes “puntos de contacto” entre las comunidades primitivas en las Américas y el Caribe son las impresionantes y simétricas edificaciones popularmente conocidas como “pirámides”. Además de algunos detalles arquitectónicos y míticos distintivos en cada región, es obvio que estos monumentos tienen mucho en común y, como tales, nos motivan a tratar de explicar el por qué de su parecido al igual que su singularidad.



El templo del dios del viento, Tulum



Pirámide de Kukulcán, Chichen Itza



Las pirámides del sol y la luna, Teotihuacán



La pirámide del jaguar, Tikal



La pirámide de Tazumal



Pirámide de San Andrés

2. La respuesta humana ante la muerte y la vida

Todas las religiones con las que he tenido la dicha de toparme han dejado, sin planearlo, un enorme legado de edificios, muchos de ellos en ruinas y aún por desenterrarse. Además de templos y palacios, tumbas de diversos diseños artísticos se destacan. Entre los incontables comunidades pre-hispánicas más conocidas, sabemos de pirámides y altares a sus alrededores, especialmente para miembros de la nobleza y, sus aliados, la clase sacerdotal. Por cuanto el producto siempre dice algo del productor, esta evidencia no solamente muestra una clara jerarquización de las relaciones humanas, sino también el desmesurado poder que la muerte tiene para generar respuestas de esperanza y vida.

Con filosofías muy contextualizadas acerca del misterio de la vida y la muerte, todos los pueblos han creados ritos para tratar con los restos de los difuntos.

En la ancestral cultura marajoara, en la desembocadura del río Amazonas, en Brasil, los huesos de los difuntos, después de ser descarnados y quemados, fueron depositados en urnas de cerámicas, para luego ser colocados en cuevas o cobertizos. Entre otras funciones, esto permitía tener a los seres queridos muy cerca.

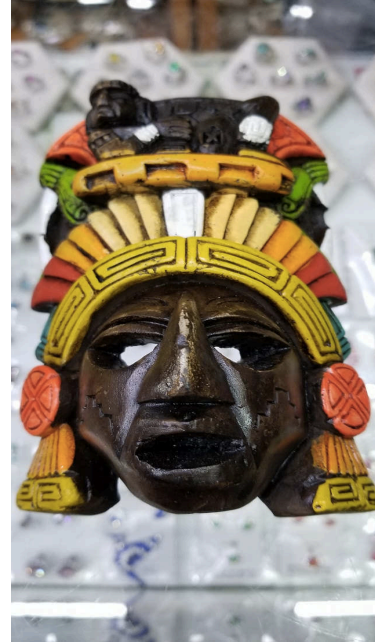
Entre los mayas, la creencia en seres superiores a cargo de los muertos fueron constantemente representados por creativos objetos. En esta urna funeraria en la que aparece un jaguar, amo de la noche y del bajo mundo (Chiapas), las cenizas de los ya fallecidos fueron depositadas. La muerte y la vida son dos caras de la misma moneda.



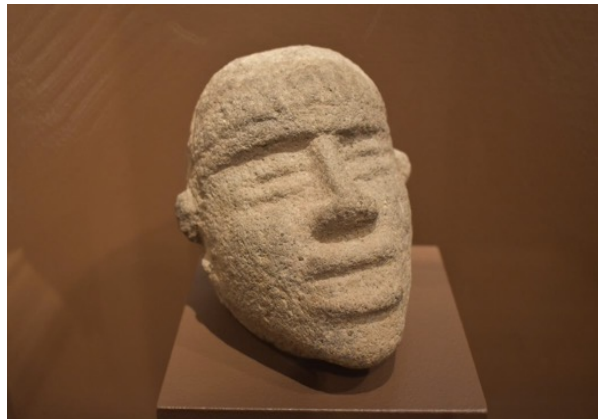
La creación y el uso de máscaras de variados estilos y hechas con diversos materiales, hoy como ayer, permite establecer una conexión significativa, no sólo con las deidades, sino con los ancestros, los guerreros de otrora y los muertos. Como en tantas culturas, son parte de ese acervo por medio del cual tribus, clanes y familias responden a la muerte y la vida, como una estrategia más profunda que el mero guardar un luto colectivo.



Máscaras artesanales



*Representación moderna de Chaac,
el dios de la lluvia*



3. El encanto de un misterioso perfil

Entiendo también que mucho de la forma de creer y actuar de estos pueblos, en reiteradas ocasiones, revelan muy poco o nada de sí mismos. Su memoria se ha esfumado o apenas se divisa. Y cuando esto sucede, la identidad de estos pueblos se convierte en una especie de rompecabezas por armar. Algo de esa valiosa información a veces nos llega por intermediarios. Muchas veces se desprende de la imaginación responsable que quienes se

esfuerzan por interpretar los restos de edificaciones y objetos. Lo poco con lo que contamos de alguna manera nos mueve a no aceptar un “no” como respuesta y hacer todo lo que esté a nuestro alcance para dar visibilidad y escuchar las voces de estas comunidades. Motivada por la curiosidad, una imaginación intelectualmente responsable es la moraleja. Y este vacío, precisa y paradójicamente, se convierte en una contribución para que hagamos lo mismo con otras religiones. No siempre podemos tener respuesta para todo, aún en casos en los que la data sea abrumadora.



Ruinas en Casa Blanca para ser excavadas, El Salvador



Existen miles y miles de yacimientos no excavados y cubiertos de tierra y maleza en muchas rincones de la tierra (i.e. en “las Américas” y “el Caribe”). Sepultadas o con lagunas pistas asomando sus rostros por encima de las entrañas de los suelos, se encuentran innumerables tesoros por desenterrar y explicar. aguardan la llegada de curiosas mentes.

4. Las ideas acerca de “el Misterio” se viven

Tengo la impresión de que mucho de la religión de estos pueblos ancestrales son vividas. El Divino Misterio se contextualiza en el día a día y, especialmente, en ocasiones especiales. Lo práctico o experiencial se impone, con sus connotaciones extraordinarias.

Y si existe una interpretación más racional y sistemática de los fenómenos espirituales, sea de forma oral o por escrito, no hay acceso directo a ello o la información es canalizada por los informantes o descendientes. Muchas veces prevalecen “las mudas voces” de edificios abandonados y destruidos, a partir de los cuales podemos reconstruir algo de los aspectos religiosos de las culturas que los originaron. Hay nexos entre los productos y los productores.

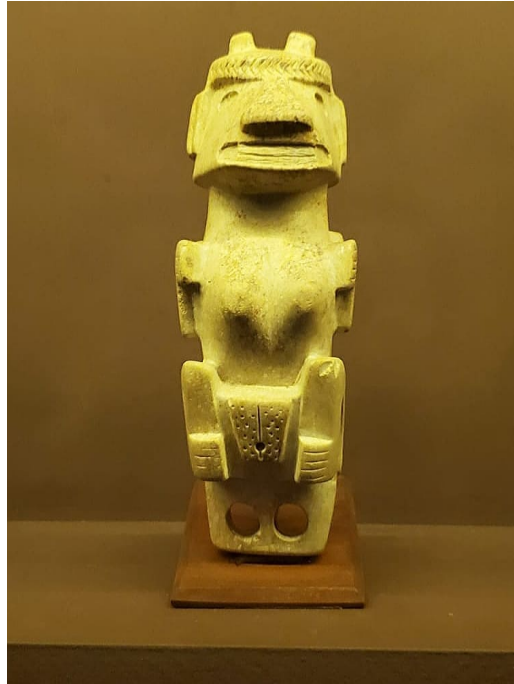


En culturas en las que los misterios del universo se crean y utilizan de manera práctica y pertinente, la llamada “Muraiquitã” (ver arriba), más que un es una muestra física tomada de los ríos y lagos, tiene el poder para otorgar el éxito, la felicidad o la buena suerte a quien cree y es fiel a sus creencias. Entre los Maués (ver abajo), coloridos y exuberantes penachos tomados de las hermosas aves de la floresta, muestran el enlace espiritual que existe con la madre naturaleza, la musa de la creatividad, la fuerza de los ritos y los momentos de nunca olvidar.



Una posible representación del dios Itzamnaaj, quien camina entre matas de maíz y aparece llevando una bolsa con copal. Entre otras cosas, esta obra refleja la conexión de las deidades con la mantención de la vida y un posible ritual agrícola. La religión es fundamentalmente una experiencia arraigada en la tierra, el tiempo y la cultura.

Entre los nativos de la región norte de Brasil, como sucede con otras culturas, a las deidades y espíritus se les atribuyen características humanas y animales, como ilustra esta linda estatua femenina hecha de piedra. La misma puede tomarse como una representación gráfica de la fertilidad, rasgo bien asentado entre los pueblos del Antiguo Cercano Oriente.



5. La ritualización de lo grandioso en lo cotidiano

Hablar de religiones que viven la realidad del Enigma y acerca del cual no pierde el tiempo especulando con una retahíla de argumentos, lógicamente nos lleva al asunto de la instrumentalización de la fe en el aquí y el ahora. Y pensando en ello, el eje central de estas etnias primitivas parecen ser las ceremonias o los rituales. Y no es que no exista una racionalidad que las explique o sustente. Es más un asunto de enfoque en los quehaceres de la religión, mediados por la fe, y no tanto las trabajadas abstracciones que le dan significado, particularmente en lo concerniente a sus interconexiones y complejidades. El énfasis desmedido en la teología, lo literario y lo discursivo, impuestos por los entes extranjeros de poder y a las que estamos acostumbrados, no nos ha permitido ser sensibles a otros modos de entender y aplicar la idea de lo divino y sus diversificados rostros. Por supuesto existen

“mitos” con tantos detalles y recovecos que a veces se hace difícil captar sus significados, particularmente entre los incas y los mayas.

Ante la carencia de explicaciones, la mera presencia de “altares de piedra” en el centro de áreas publicas, no solamente es prueba de la valorización y disposición de los espacios físicos, sino también de que la religión fue y sigue siendo, en cierto sentido, vivenciada. El mismo rasgo lo encontramos en otras religiones del mundo (por ejemplo, entre los cananeos del Fértil Levante Central).



Tula



Monte Albán



Tlatelolco



Templo Mayor

Quando en la vida coinciden” lo profano” y “lo sagrado” y no hay teorías racionales, las destrezas físicas, la espiritualidad, la competencia y el honor se estructuran de modo tal que “un juego de pelota” es una actividad integral, no es mero pasa tiempo.



Monte Albán



Ichmul, Yucatán



Cobá

6. La idea de un universo integrado

La concepción del cosmos como un ambiente compuesto de varios planos o niveles, aunque claramente diferenciados y con independencia propia, no están aislados o compartimentalizados de modo hermético. Están conectados, se influyen mutuamente y determinan la vida de todos los seres vivos: el lugar de los muertos, el lugar de los seres humanos, el lugar donde las divinidades moran y otros parecidos. A partir de esta premisa concebida y alimentada por la fe, las religiones de estos pueblos nos incentivan a mirar al universo bien concertado, en el que las causas y los efectos cambian de roles y se confunden. El todo y las partes están bien concertados y la vida es holística. Esta es una importante lección que no debemos olvidar.

El presente altar maya (ver la página siguiente), además de representar los cuatro puntos cardinales y ser acompañado de un ritual de bienvenida y limpieza, ilustra una triple segmentación del universo: 1) con una ofrenda de flores en su honor, la esfera donde los seres superiores moran y desde donde sus funciones cósmicas, 2) el contexto de los seres humanos y los animales, y 3) el eterno reposo de los ancestros que han partido. Más que una ayuda visual, este recurso material media y robustece la fe de un pueblo donde la vida y la muerte son parte de un universo significativo y funcional.



Los restos restaurados de algunos montículos originalmente creados por los Creeks o Muscogees, en Macon y Cartersville, Georgia. EE.UU (ver las imágenes en la página anterior). Este grupo fue parte de las antiguas culturas del valle del Mississippi, las cuales se radicaron en el sureste de los EE.UU. (entre el 900 y el 1600 d.C.). Se cree que estas estructuras, fueron utilizadas por las élites y la clase sacerdotal para varios tipos de ceremonias. Algunas de ellas, con puertas mirando hacia el este para que entrara la luz del sol, sirvieron como tumbas para los líderes o personas importantes de las villas, como también para la celebración de actos de renovación, purificación y agradecimiento a los animales antes de ser sacrificados, todo en honor a los espíritus y ancestros. Como preparación para la otra vida, sacerdotes y nobles fueron enterrados en estos lugares con trajes hermosos y costosos junto con artículos que necesitarían para su vida en el otro mundo.

Una idea holística del universo, además de hacer buen uso del espacio, también abarca una concepción y aplicación del época. Por eso existían entre estos pueblos “los calendarios” y otros recursos para medir las estaciones y las épocas.



Panel de piedra con el signo de Venus, planeta muy observado por los mayas por su capacidad para predecir tragedias y otros eventos de la vida diaria

7. Destellos de una reciprocidad balanceada

Me llama la atención que hay un énfasis en dar y recibir. Las relaciones no son unilaterales y unidireccionales. Todos los actantes y piezas del universo se benefician. Para decirlo de otro modo, existe un marcado sentido de “reciprocidad” que trae equilibrio y armonía para consolidar el ser colectivo, sea en relación a los seres superiores (divinidades,

espíritus, los ancestros, los difuntos, etc.), la naturaleza o las comunidades mismas con sus tribus, clanes, familias e individuos. Lo vertical y lo horizontal se integran. Existe una marcada identidad colectiva.

Periódicamente, descendientes de los zapotecas en Oaxaca, México, cuya cultura material se refleja en parte en las imágenes al pie de este párrafo, participan de una ceremonia llamada *Guelaguetza*; es decir, "la Fiesta de los Lunes del Cerro". La idea es que por dos lunes durante el año, un grupo selecto de este pueblo se reúne para compartir parte de lo que define su identidad, historia y trasfondo por medio de varias actividades. La idea es dejar con otros algún recuerdo creado y a la vez recibir a cambio algo de los participantes. En esta contemporánea práctica con raíces ancestrales, la mutualidad en acción es un valor para ser festejado. Hay mucho que aprender de nuestros ancestros.



8. El protagonismo exclusivo de la naturaleza

“La madre tierra”, conocida por muchos nombres, esotérico encanto y poderío divino, recibe toda la atención en todas las culturas de nuestros ancestros. Y esta es una constante que, a mi parecer, disminuye un poco la connotación de una fe que a menudo depende y se concreta en demasía en lo material; es decir, que coloca mucho énfasis en las mediaciones que comienzan y apelan a los cinco sentidos. Y no es que las religiones de las comunidades primitivas no recurran a la elaboración y uso de edificios y objetos, con sus valores simbólicos o hasta literalistas. De hecho, es claro que en muchos de estos pueblos la ostentación, la sofisticación y el uso exagerado de la riqueza dejan a cualquiera con la boca abierta. Pero esa conexión más directa con el medio ambiente, si se quiere, es un elemento distintivo, ausente en religiones donde “los medios” parecen ser más importantes que “los fines”.

Es imposible imaginarse alguna cultura en la historia de la humanidad que no haya visto en la salida y puesta del sol una contundente prueba o extensión de la existencia de lo divino. ¿Cómo no asombrarse ante este indescifrable espectáculo y creer que Algo o Alguien es directamente responsable por este fenómeno y vivir conforme a esta creencia!



Mucho antes de que los invasores y colonizadores europeos lo “descubrieran,” el Gran Cañón de Colorado había sido el majestuoso santuario al cual muchas culturas primitivas



emigraron y en el que se asentaron y florecieron. También había servido como frontera protectora para ayudarles a formar sus milenarias formas de ser y actuar. Aunque hay evidencia de presencia prehistórica, este encantador lugar fue originalmente el hogar de la cultura Pueblo, pero también de los Hualapai, los Havusapai, los Hopi, los Zuni, los Yavapai-Apache, los Parashant, los Paiute y los Navajos. En él, estas naciones fueron capaces de dar a luz, alimentar y compartir sus creencias, símbolos, rituales y estilos de vida, como fruto de su relación con la divina esencia de la Madre Naturaleza. Pero más que todo esto, esta impresionante variedad de coloridos estratos de lodo, arena, roca y sedimentos volcánicos y labrados por la erosión, era y sigue siendo “un lugar santo”, a saber, un místico escenario que

encarna y proclama la presencia, el favor y el poder de "el Gran Enigma", la fuente y fuerza sustentadora de toda forma de vida.



Pero creer en la naturaleza implica también dar un lugar prominente a los animales. Sabemos que muchos de ellos fueron deificados y representaron la identidad de tribus, clanes y familias. Tomemos como ejemplo la serpiente, el jaguar y el búho, y los reiterados actos de adoración en la elaboración de hermosas obras de arte.





El legendario Quetzalcóatl, la mítica serpiente emplumada en la que un cosmos diferenciado e integrado coinciden de forma objetiva

9. Identidad y alteridad interna

Aunque no dudo que haya excepciones, llama la atención que en las comunidades nativas de “las Américas” no existió la necesidad o el deseo de compararse con otras religiones, mucho menos de crear y utilizar paradigmas cognitivos para recolectar y procesar información religiosa transculturalmente. Para decirlo de otra manera, no hubo tal cosa como “las religiones comparadas”, ni como idea, ni como un campo formal del saber. Los referentes y las referencias se dieron principalmente al interior de las filas de los primeros pobladores. Los creadores, destinatarios y beneficiarios de las ideas, el vocabulario y las actividades en torno al Gran Misterio y sus devotos, fueron y aún siguen siendo ellos mismos (con sus propias voces, tonos, geografías, intencionalidades, etc.). Consecuentemente, todo este rico conglomerado modela para sí mismo, y sin saberlo o intencionalarlo, lo que los estudiosos occidentales han colocado bajo el rubro de “la fenomenología de la religión”. Esta realidad, y sin querer idealizarla, muestra una fuerte auto-estima colectiva.

10. Dominación dentro de la dominación

Cuando pensamos en la colonización y sus posteriores re-contextualizaciones, es fácil caer el error de pensar que los pueblos originarios fueron simples víctimas de los usurpadores o, más concretamente, los únicos relegados a un segundo plano en el estudio de las religiones

del mundo. Para decirlo de otro modo y por razones que no va al caso detallar ahora, se pasa por alto que entre los primeros pobladores también hubo grupos en posiciones de privilegio que sometieron a sus coterráneos y cuyas religiones, construidas en base a la abundante cultura material que dejaron, han recibido más atención que otras (por ejemplo, los mayas, los aztecas y los incas). No olvidemos que las luchas por el violento control de las tierras entre los locales fueron notables al igual que la invisibilización de grupos más débiles y con menos recursos. Ninguna historia es inocente. Como resultado, poco se hace por conocer la religión de estos grupos minoritarios. En mi reflexión sobre algunas de las características de las religiones de los cananeos, he notado la misma dinámica de relaciones asimétricas de poder y notoriedad.⁵

La Joya de Cerén, en el Salvador, que fue abandonada luego de la erupción del volcán [Laguna Caldera](#), deja ver restos de una villa cuyos pobladores y su sentido de las realidades últimas palidece ante las monumentales pirámides y sólo puede reconstruirse en base a inferencias.



Réplica de un recinto posiblemente destinado para baños de vapor para la purificación

⁵ “La religión de algunos pobladores de Canaán: una aproximación a partir de los retazos de la cultura material”
https://www.academia.edu/69046302/_La_religi%C3%B3n_de_algunos_pobladores_de_Cana%C3%A1n_una_aproximaci%C3%B3n_a_partir_de_algunos_retazos_de_la_cultura_material

Esta asimetría social y religiosa, aún dentro de las mismas etnias, está bien documentada. Una popular creencia entre muchos zapotecas, por ejemplo, dice que sus reyes y sacerdotes vinieron de “las nubes” (en contraste con el resto de los seres humanos que, presuntamente, vinieron de los árboles del bosque), y a que a ese exaltado lugar volverán cumplidos sus días en la tierra de los vivos. Con esta creencia como base, era responsabilidad de los otros miembros de este grupo respetar y someterse a la guía de los miembros de esta clase social mientras que esta elite ejercía su papel de liderar debido a origen “divino”. En este relato, las relaciones de privilegio y poder entre estos dos estratos se legitimaron a fin de crear equilibrio social pero también para justificar posibles abusos. La existente cultura material entre los nativos claramente revela una estructura piramidal en cuanto a lo político, social y religioso, como las mismas pirámides, sepulcros y palacios lo certifican. Occidente no es el único culpable.

11. La riqueza semántica de las lenguas madres

Si hay algo que vale la pena destacar en mi experiencia es la manera como las comunidades primigenias de “las Américas” se han valido de sus polifónicas lenguas madres, no sólo para reflejar varios aspectos del medio ambiente donde han vivido por milenios y su papel en este contexto, sino para canalizar sus ideas de lo divino. Sobresalen connotaciones que nuestras categorías de análisis, transliteraciones y aún las mismas traducciones no captan debidamente. Cada vez que me topo con el significado de una palabra o frase a fin de entender algo de la religión de algunos de estos pueblos, he quedado fascinado por el caudal semántica y contextualizado de la terminología bajo mi escrutinio.

Para mi, comenzar con una interpretación del lenguaje se ha convertido en un iluminador paso metodológico. Ha sido parte de un acercamiento integral a estos pueblos primigenios de modo que podamos hacer algo parecido con otras religiones y sus medios de expresión y relación, sean estos por escrito, oral, simbólico o actoral.



“El pueblo de las aguas turquesa”, traducción dinámica del nombre Havasupai, es un hermoso recordatorio de una nación así identificada y que ha morado en las riberas de un río de este color, al fondo del Gran Cañón de Colorado. La identidad de un pueblo tiene que ver con su morada y las palabras que median la relación entre estos elementos.

El significado en español de la frase quechua “Machu Pichu” es “vieja” o “antigua montaña”. Y al pensar en esta connotación, no hay duda de que ésta guarda una estrecha relación con la naturaleza del asentamiento cuya imagen arriba vemos y encumbrado por siglos en la espesa selva tropical del Perú.



El mal llamado “Castillo de Montezuma” (ver abajo), porque en algún momento se creyó que era un asentamiento azteca, fue hogar del pueblo “Sin agua”, el cual moró en el estado de Arizona, EE.UU., desde el siglo xii hasta su desaparición en el siglo xv. Los Yavapai llamaron a este lugar “el Hogar de los Protectores de los Yavapai”, mientras que los Hopi lo designaron como “el lugar donde subían las escaleras” y el lugar de “los muros largos y altos”. En ambos casos se destaca la función descriptiva del lenguaje, la relevancia de su significado y las conexiones con la tierra.



Las contribuciones de los pueblos originarios a una comprensión de la religión no son absolutamente definitivas o inmunes a la evaluación. Son el boceto de una pintura mucho más colorida y detalles por pintarse. Y por tener tanto que enseñarnos, ¿no deberíamos cotejar lo que aquí hemos visibilizado con lo que otras religiones tienen que ofrecer? La respuesta es un rotundo sí.

También debemos seguir reflexionando sobre el tema para darles una justa visibilidad y protagonismo a todas estas etnias, sobre todo concederles los espacios para que funjan como marcos obligatorios de referencia para supeditar y diversificar a los ya existentes. No olvidemos que el modo como estos pueblos desarrollaron su relación con las deidades precede al estudio formal de éstas y otras religiones, lo cual comenzó a institucionalizarse muchos tiempo después y como parte de procesos colonizadores.